



IV

La novela.—El lirismo evoluciona y predomina el elemento épico, histórico y social.—El mundo que ha de retratar Balzac.—Balzac.—Su temperamento.—Su vida.

ANTES de entrar en el estudio de la producción de Honorato de Balzac—á quien conviene mirar despacio—, insistamos en considerar algo más detenidamente su época, los treinta años que pasó al yunque, desde 1820, en que ven la luz sus primeras novelas, de las cuales no se confiesa autor, hasta 1850, en que termina la no muy larga existencia de este escritor titánico.

Cuando cumplía veinte años Balzac, la sociedad experimentaba cambios radicalísimos, y la generación nueva tenía que contar con una Francia nueva también. A aquel prestigioso Imperio que todo lo improvisaba; á aquella especie de magia de la acción, que sacaba de las últimas filas del pueblo á los héroes y á

los poderosos de la tierra, siguió un largo período de quietud material; á las violentas rachas de fortuna, la lenta conquista de la riqueza ó del nombre, la lucha por la vida en el seno de la paz. Engendrada en las horas de fiebre y vértigo del Imperio, la nueva generación (desequilibrada y genial desde el claustro materno, según opinan bastantes médicos y psicólogos) pidió al ensueño y al arte lo que ya no ofrecía la realidad, y bajo la estadiza Restauración y bajo la burguesa Monarquía de Julio, el romanticismo fué otra conquista de Europa, con trompetas y tambores, á banderas desplegadas.

El Imperio se había apoyado en el ejército: los Borbones y los Orleanes suscitan distintas fuerzas, relegadas á segundo término durante la apoteosis del heroísmo militar. Prestaron su concurso á la Restauración los labriegos, los rentistas, el clero, la nobleza, y á Luis Felipe, la clase media dedicada á la industria, al comercio, á la enseñanza; clase media que, merced al sufragio restringido, monopolizaba el derecho electoral, y en la cual reclutaba sus huestes la Guardia nacional, por Balzac y por Gavarni satirizada y caricaturizada donosamente. El sistema obligaba á contar con el dinero, erigiendo la propiedad y la riqueza en columnas del régimen y del orden. Para concurrir á la obra política era necesario poseer, traficar; en esto venía á resolverse toda el áurea leyenda de Jena, Austerlitz y las Pirámides, y todo el empuje nivelador revolucionario. De

1815 á 1820—dice un escritor político—las elecciones sufrían aún el influjo de opiniones y creencias; de 1830 á 40, las influyen corrientes de intereses.

Quedaban vigentes, del primer Imperio, las organizaciones administrativa y jurídica, financiera y militar, las relaciones con la Iglesia, reguladas por el Concordato, y los métodos de enseñanza: fuertes raíces del gran árbol caído, aún hoy no extirpadas en Europa. La centralización departamental y municipal, obra napoleónica, sirvió de base de gobierno á la Monarquía *blanca* lo mismo que al rey burgués, como sirve hoy á la República. Del Corso procedía también la poderosa organización policiaca, aquella *secreta* que la Restauración perfeccionó, y cuyos fastos sensacionales y manejos tenebrosos han inspirado bastantes páginas de Balzac.

Ningún período más favorable para estudiar la sociedad en su íntimo funcionalismo que aquel de 1818 á 1850, porque fué una época á la vez efervescente y estacionaria, de la cual hemos tenido aquí una reducción y parodia en la que siguió á la Restauración de Alfonso XII. Etapas preciosas (como las de convalecencia de graves enfermedades en el individuo) para afianzar la salud de un pueblo y criarle sangre purificada, pero que no suelen aprovecharse en eso, sino en dar suelta á los apetitos y egoísmos y vado á las corrupciones, en el afán de aprovechar las circunstancias que se despierta invenciblemente. Sosegada Europa,

sentada Francia, que en treinta y cuatro años no movió su ejército sino para intervenciones altruistas como la de Grecia, políticas como la de Bélgica, ó para las escaramuzas africanas, pudo afianzarse un régimen salubre, firme, duradero, á no haberse desencadenado las concupiscencias del modo que vemos retratado, con precisión micrográfica, en la inmensa *Comedia* de Balzac.

Favorecidas por la paz, ¿quién negará que las letras se desarrollaron ostentando magnificencia y variedad riquísima, aunque sin la unidad majestuosa de los llamados *siglos de oro*? He reseñado anteriormente la época romántica, ateniéndome á los nombres de resonancia universal; pero no cabía encerrar en los límites que me había impuesto el cuadro deslumbrador de un movimiento intelectual y artístico que abarca todos los aspectos del pensamiento y el sentimiento, y todas las direcciones de la inteligencia humana. Lo que resalta de tan brillante época son los Chateaubriand, los Lamartine, los Hugo, los Musset, las Staël y Sand; éstos son el gallardete del mástil; pero ¡qué vasto palacio coronaban! En Francia no se dan aisladas apariciones, como la de Mickiewickz en Polonia y las de Puchkine y Gogol en Rusia: al contrario—y esto hay que tenerlo en cuenta para que la obra de Balzac sea bien comprendida—, la sociedad cría incesantemente y por camadas sus *hombres representativos* (varones ó hembras). El índice de los nombres secundarios é ilustres confirma esta verdad. De todo

hay cosecha; de poetas hay nube. Al lado de los últimos clásicos, como Soumet y Lebrun, Beranger y Delavigne, surgen los inquietos del Cenáculo: Deschamps, Sainte Beuve, Gautier, Arvers, Nerval, Augusto Barbier, Barthelemy. Al cundir el romanticismo en el fértil campo de cultura que le ofrecían las regiones, las comarcas distantes de la capital, por Balzac desentrañadas á fondo, aparecen los grandes hombres de provincia, idealmente caracterizados por *Luciano de Rubempré*: los Laprade, los Soullary, los Briceux, los Autran, los Hégesippe Moreau—, y traen de la mano á las espiritadas literatas, Musas parisienses ó departamentales: las Anais Ségalas, las Amable Tastu, las Ackermann, las Desbordes-Valmore; unas con talento y hasta inspiración notoria, otras sólo con pretensiones; satélites todas de la luminosa esfera de Jorge Sand, que un tiempo fuera también otra *madama de Bargetón*, la incomprendida, el personaje adivinado y disecado por Balzac con seguro escalpelo. El poeta, la poetisa, en aquel momento, son, antes que fenómenos del orden literario, tipos del social. Pertenecen á la novela de análisis, que se incubaba—trabajosa y difícilmente, fuerza es reconocerlo—en el cerebro del autor de *Ilusiones perdidas*. Poetas, críticos, periodistas—los Nathan, los Bixiou, los Lousteau, los Rubempré—, vistos entre bastidores, en la miseria de sus vanidades, en el encono de sus codicias, en la fermentación pútrida de sus venganzas y rencores, en la exaltación á veces tan generosa de

su quimera—, se nos exhibirán en numerosas páginas de la *Comedia humana*.

La evolución de la novela antes de Balzac había sido hacia el lirismo. Las novelistas sentimentales, Cottin, Souza, Duras, Krudener, se formaron su especialidad de amores tiernos y fieles, de pasionalidades ardorosas, de inextinguibles dolores del corazón. Como el *Obermann* de Sénancourt, el *Adolfo* de Benjamin Constant hizo competencia al *Werther* de Goethe. La nota del lirismo la encontramos en Saintine, con *Picciola*; en Sandeau, con *Magdalena* y *La señorita de la Seiglière*—ejemplares de esa literatura «para las familias» que reclamaban los instintos conservadores de la burguesía triunfante—; y eran ramas del mismo tronco los brotes de «novela cristiana» iniciada por el Vizconde de Walsh, el ultrarromántico autor de las *Cartas vendeanas*, y continuada por las sencillas narraciones del abate Devoille, el *Flaviano* de Guiraud, la *Emilia Paula* del abate Barreille—, predecesores del cardenal Wiseman y su *Fabiola*, tan inferiores á Javier de Maistre, autor de dos joyas: *El leproso de la ciudad de Aosta* y *La joven siberiana*. Basta recordar alguna de estas novelas que voy citando, basta evocar también la memoria de la novela de aventuras y gasconadas de Dumas padre, para darse cuenta de la oposición entre tales elementos y el que Balzac traerá definitivamente con la novela *épica*. Sus predecesores, Stendhal y Mérimée, apenas habían apuntado este sentido; Mérimée, especialmente, es tan sólo

un realista romántico, que siente el medio ambiente exótico y no el que le rodea todos los días; y el madrugador Stendhal es el escrutador encarnizado de almas y cerebros, no el *doctor en ciencia social*, título para Balzac reservado.

Diríase, sin embargo, que era imposible traer una nueva fórmula después de un movimiento tan activo y brillante como el que precedió y rodeó á Balzac. Al lado de los novelistas descolaron los cuentistas, con Mérimée á la cabeza, y no sería justo olvidar á Carlos Nodier, á León Gozlan—llamado por Pablo Feval «el ingenio hecho carne»; ni á Julio Janin, el constante enemigo del realismo, que satirizó en la extraña novela *El asno muerto*. La crónica moderna, delicada sátira de las costumbres, tenía por representante á *Marfisa*, Madama de Girardin; el humorismo, el mariposeo, á Alfonso Karr, que aún hoy posee devotos lectores. El teatro, oscilando de la tragedia al drama romántico y de éste otra vez á la tragedia, con Ponsard y Soumet, no había cesado de atraer hacia París la atención del mundo, y si ya las célebres actrices intérpretes de Hugo, Delavigne y Dumas, las Raquel, Georges, Mars y Dorval, no representaban ante un auditorio de reyes, lo hacían para un público apasionado y ansioso de emociones, en que el Rey, por declaración propia, era un espectador más. La crítica moderna crecía y se remontaba al compás de la sobreproducción literaria: nacida bajo el Imperio, con Fontane y Joubert, dilataron sus do-

minios y conquistas Girardin, Villemain, Ampère, Julio Janin, Nisard, Gustavo Planche, Sainte Beuve. Los polemistas políticos, ya libres cuando los Orleanses suprimieron la censura y desencadenaron la prensa, agitaban el aire con sus luchas, que resonando fuera de Francia, sirvieron de modelo á las de otros países; la tribuna parlamentaria y el púlpito también removían ideas, despertaban hondas inquietudes, y contribuían á formar aquella atmósfera vibrante, excitadora y preñada de futuras renovaciones que influye sobre Balzac y le inspira á veces.

Sin género de duda, lo visible de Francia son sus ruidos y sus escaramuzas intelectuales y políticas; pero en Francia estas funciones de pólvora no impiden que se trabaje tenaz y oscuramente. La tranquilidad de la restauración y las tendencias progresivas de los Orleanses favorecieron el incremento de los estudios clásicos, filológicos y arqueológicos; se ahondó en la historia literaria, documental, en el orientalismo y la egiptología, felizmente inaugurada por las indagaciones de Champollion. La *Ecole des Chartes* reanudó la paciente labor de los Benedictinos de San Mauro; los helenistas se sumieron en el fresco pozo de los estudios clásicos; y el cosmopolitismo y el espíritu hospitalario de Francia se revelaron en la ciencia, porque se consagró ardor y perseverancia á estudiar los monumentos literarios é históricos de pueblos hasta entonces desdeñados (excepto por los misioneros, que en esto son los precur-

sores de la erudición contemporánea). A un tiempo mismo se descubría el vasto y arcaico continente de la literatura sánscrita y se reconocía el valor de los dialectos romances. Prosperaban, juntamente con estos trabajos de incalculable fruto, la filosofía y el derecho; recuérdense los intentos de restauración espiritualista de Maine de Biran y Royer Collard, el eclecticismo de Víctor Cousin y de sus discípulos Rémusat y Jouffroy, el nacimiento de la escuela positivista, con Augusto Comte; y en derecho y sociología, á Proudhón, á Cormenin, á De Gerando, á Rossi, á Laboulaye, á Michelet. He tenido ocasión, en esta serie, de reseñar la obra histórica del período romántico y de transición: es una de las ramas más cargadas de fruto, y en tal respecto, como en otros muchos de la producción intelectual, Francia tuvo poco que envidiar á Alemania, donde, si debe admirarse el especialismo, documentado y serio, no suelen los historiadores poseer la sujeción y el arte de un Thierry.

Lo que entonces se llamaba economía política y hoy suele llamarse ciencia social, tomó vuelo entre el fragor del combate ideológico y las nubes de fuego y oro de la utopía. Bastiat, Miguel Chevalier, Rossi, Proudhón con su anarquismo; San Simón y sus discípulos comunistas; Enfantin y Bazard con su mezcla de extravagancias y chispazos geniales; Fourier con su célebre falansterio; Cabet con su viaje á Icaria; Pedro Leroux y Luis Blanc con sus planes de organización del trabajo y sus talleres sociales.

integran ese período de hervor cerebral que precede á las revoluciones y prepara, á más largo plazo, los golpes de Estado que las frenan; son los representantes de la inquietud más intensa y general, entre la aparente calma que tranquiliza á los burgueses, á los Biroteau, cuyo tipo dibujó Balzac magistralmente.

Aunque no comparemos su florecimiento al de los grandes períodos de Italia, España y Flandes, las Bellas Artes no decayeron entonces en Francia; el Imperio había creado, es cierto, el último *estilo* que podemos registrar en los anales artísticos, si prescindimos del modernista actual; ni la Restauración ni Luis Felipe tuvieron estilo propio; las Artes, sin embargo, no se paralizaron, y la arquitectura, y en especial la escultura y la pintura y el dibujo y la litografía y las innumerables ramificaciones artísticas de la industria estuvieron á la altura ateniense que en París han alcanzado y sostienen aún, para honor de la cultura latina. En música, si no pudo Francia competir victoriosamente con Italia y Alemania, las siguió de cerca; la Ópera se convirtió, de solaz palaciego, en espectáculo nacional; y en la primera mitad del siglo, el arte musical francés inscribe, después del nombre de Boieldieu, los de Herold, autor de *Zampa*; Halevy, de *La Hébreá*; Auber, de *Fra Diavolo*; Feliciano David, de *Lalla Roukh*, y el más grande y el menos comprendido de todos, Héctor Berlioz, que, como Stendhal, sólo es reconocido en su pleno valor mucho después de muerto. En el espec-

táculo de la Ópera se concentra el hervidero del dandismo parisiense, aquellos pugilatos de elegancia y vanidad cuyo dramático fondo posee en Balzac su concienzudo historiador.

Donde con mayor empuje se revela la nueva Francia, es en el impulso científico: dos columnas de las ciencias exactas, físicas y naturales — la astronomía y las matemáticas — ascienden rápidamente desde 1830. La Física y la Química inscriben en sus anales nombres tan altos como los de Arago y Ampere, genialísimos inventores y descubridores, Chevreuil y Dumas. Ilustran la Filosofía y conocimiento de la naturaleza Lapepède y Agassiz, Sainte-Claire Deville y Elías de Beaumont; propágase la afición á exploraciones y viajes científicos, y se immortalizan los de los buques *Urania* y *Astrolabio*. Los anatómicos y los histólogos colocan á la Medicina francesa á una altura de la cual no ha descendido; figuran entre ellos Geoffroy Saint Hilaire, Cruveilhier y Raspail, fisiólogos como Magendie y Flourens y esa legión de facultativos eminentes, de ilustres cirujanos como Dupuytren y Delpech, donde encontró Balzac al protagonista de su *Misa del ateo*.

La ciencia invade la vida; tal es la evolución capital de todo el sentido reciente, de toda la marejada histórica. Napoleón, pensativo, había visto cruzar el primer barco de vapor; pocos años después pueblan el Océano, precediendo á los ferrocarriles que, vencedores, surcan la tierra. El gas ilumina las noches parisienses y

convierte á París en metrópoli del placer y del cosmopolitismo: la industria pone al alcance de los más humildes ciudadanos comodidades, y hasta lujos que antes se desconocían; la sed de oro enfebriliza las venas: se forma la clase obrera, dispuesta á trabar su gigantesca lucha con el capitalismo, y se marca y profundiza esa división de clases, característica de la sociedad moderna, y que Balzac en su *Comedia* ha definido magistralmente.

Por reacción natural en pos de tantas alarmas y acontecimientos, la sociedad—tomada la palabra en su sentido más fútil (no tan fútil, sin embargo, que no influya activamente)—, la sociedad, decíamos, se reanima, los salones rebosan, y por consecuencia la mujer, elegante y elevada, es reina absoluta. El reinado de la mujer transforma las costumbres y acrece el ansia de goces, de dinero y posición. Los apetitos se despiertan como alanos hambrientos; va á empezar el halalí; el segundo Imperio tiene preparado el terreno, y Sedán, cuando llegue, no sorprenderá á nadie sino á los todavía soñadores. He aquí el elemento épico de Balzac, y por el cual este novelista puede decir, como dijo de sí propio, con singular perspicacia, Don Ramón de la Cruz, que escribe la historia de su tiempo. A pesar de las amplias concesiones á la ficción que Balzac no escatima; á pesar de su copiosa invención de novelador y hasta de visionario, las realidades de la primera mitad del siglo XIX están contenidas en la *Comedia humana*, y el historiador que

la desentrañe, desentrañará también sus consecuencias, percibirá el alcance de un cambio tan radical, y respetará el genio de quien supo comprenderla y salió del valle del lirismo subjetivo á los anchos campos de la epopeya, tal cual hoy puede ser. La generación romántica y la generación positivista, la poesía y la verdad encontraron en Balzac un pintor á la vez exacto y entusiasta (como debe ser el que transcribe lo material, y juntamente el espíritu de la historia). La complicación, la suntuosidad, la fuerza, el sordo estímulo, los gérmenes de descomposición, los restos de una Francia muy grandiosa que 1893 había destruído, la formación de otra Francia no consolidada aún á esta hora,—ningún artista de la pluma los ha encerrado en el molde de su obra, más que Balzac. Y después de reconocer que así es en efecto, lo que digamos de tal obra y tal hombre, aunque lleve el sello de severidad que impone, en arte, la justa exigencia de perfección, no amenguará su gloria, fundada principalmente en el acierto felicísimo de ver la colectividad donde otros habían visto sólo el individuo, y de verla con el vigor y el relieve individual, fuera del egotéismo y la excepcionalidad romántica. Es seguro que Balzac está embebido de romanticismo—y sin embargo, el romanticismo recibió de este gran poeta épico mortal herida.

Lo que va á leerse acaso acaso no parezca muy nuevo; pero válgame la aserción de uno de los biógrafos de Balzac, Gabriel Ferry, el

cual aseguraba, ha pocos años, que la mayoría del público francés apenas si conoce de Balzac dos ó tres libros y el sonido del nombre, siendo, por lo tanto, permitido creer que los lectores españoles aún conocerán menos.

Honorato de Balzac nació en Tours el año de 1799, de familia ni muy aristocrática ni opulenta; su padre era reflexivo, su madre imaginativa y activa—combinación que se refleja en el temperamento del hijo—. No fué Balzac un niño prodigioso como Víctor Hugo; al contrario: en el colegio—aturdido por una especie de congestión de ideas, ahito de lecturas furtivas, mal acomodadas aún en su memoria—parecía un sonámbulo. La familia no le creía capaz de nada extraordinario, y si se le escapaba al muchacho una frase, su madre exclamaba riendo: «Ni tú mismo sabes lo que acabas de decir».

Cuando la familia se trasladó á París, contaba quince años Balzac. El futuro autor de *La comedia humana* tuvo ocasión de atender á las lecciones de Villemain, Guizot y Cousin, que le entusiasmaron. Los padres de Balzac sufrieron quebrantos en su fortuna; se recogieron al campo, y quisieron que entrase en el estudio de un notario su hijo; éste se negó y se quedó en París, en la clásica boardilla bohemia del literato novel. Allí empezó el ejercicio violento de la voluntad de Balzac. Casi en la miseria, casi hambriento, escribía á su hermana Laura, su confidente, que desde un principio tuvo fe en él: «Voy á pedirle á Su Santidad la pri-

mer hornacina de mártir que quede vacante». Compuso una tragedia, la leyó á varios amigos, y el fallo fué que debía dedicarse á cualquier cosa—excepto á las letras—. No se desalentó: tenía resortes de acero, y falta le hacían, pues á nadie se le regateó tanto el triunfo, ó, mejor dicho, se le negó hasta última hora, hasta la consagración por Taine. Otros escritores—Chateaubriand, Víctor Hugo, por ejemplo—fueron célebres desde su revelación. Balzac recorrió una senda de abrojos, escribió con ansia, unas veces por el arte y otras por vivir; como que se negó resueltamente á reconocer la paternidad de varios libros que no parecen suyos, aunque lo sean.

Los tanteos y desorientaciones de Balzac se explican. No había nacido ni para poeta lírico ó dramático, ni para novelista romántico, que fué otra forma de poesía (recuérdense *Pablo y Virginia*, *Atala*, *Valeria*, *Graziella*), sino para novelista épico, género que no existía aún; y era esta vocación, mal definida, que no acertaba á concretar, la que le infundía ardiente admiración por la novela histórica de Walter Scott, haciéndole escribir á Laura: «Te recomiendo que leas *Kenilworth*: es la cosa más hermosa del mundo». Pensando así de Walter Scott, Balzac calificaba sus propios primeros ensayos de *porquerías*, y sólo echaba tales abortos al mercado á fin de comer.

Entretanto, su instinto le guiaba confusamente á frecuentar algunos salones literarios, entre ellos el de Sofia Gay, donde entonces se

hacia á todo trazo *filhelenismo*. Para satisfacer sus aficiones de observador, el menesteroso Balzac tenía que valerse de trazas parecidas á las que en alguna de sus novelas reseña. Allí se granjeó el entonces desconocido escritor esos primeros amigos literarios, que al llegar la hora de la victoria suelen convertirse en enemigos; y allí sufrió torturas de amor propio por cuestiones de indumentaria y posición, semejantes á las de su héroe Rubempré. Lamartine describió, á lo vivo, en esa etapa, el aspecto de Balzac, de tipo ordinario, de frac corto de mangas y camisa gorda y mal hecha. Cuando un provinciano, con este equipaje se cae bailando, como Balzac se cayó, la risa de las mujeres corea su desgracia. Martirizado en la vanidad, que radica cerca de la sensibilidad profunda, Balzac vió con lucidez la terrible energía de dos factores sociales á que los novelistas anteriores (excepto el abate Prévost) no habían solido otorgar toda su importancia: el dinero y las exterioridades del lujo. Sus estudios, en este respecto, son definitivos.

La imperiosa necesidad de dinero fué causa de que pensase, en mal hora, en negociar. La literatura tardaba en producir, y el padre hablaba otra vez de protocolos. También este episodio de su vivir aparece con sorprendente vigor reflejado en sus novelas; porque Balzac, el novelista épico, puso en la obra tanto de sí mismo como el más lírico—sólo que lo puso al modo impersonal, tomándose por ejemplar de un estado y una época—. La biografía de

Balzac, que no encierra acontecimientos dramáticos *por fuera*, está, sin embargo, llena de intensas emociones, que exageraba una sensibilidad fogosa; dramas interiores proyectados después en los vidrios de la mágica linterna que se llama la *Comedia humana*, mediante ese dón de generalizar lo particular, propio de los grandes creadores. Por eso no cabe prescindir de la biografía de Balzac, clave de su producción novelesca. Las angustias del vencimiento de pagarés, las torturas morales de la quiebra, los terrores de la ruina de *César Birotteau*, los padeció Balzac.

Decíamos que acometió diversas especulaciones, metiéndose en empresas editoriales, en negocios de imprenta y fundición, que no sólo le salieron mal de remate, sino que le atollaron en deudas. Era Balzac delicado y probo; quiso pagar y se impuso una labor hercúlea, de buey uncido al arado día y noche. A veces sentía impulsos de arrojar al Sena, y no lo hacía por no defraudar á sus acreedores. Tuvo temporadas de no salir á la calle por no gastar ropa. «Vivo—solía decir—como liebre corrida.» Para trabajar más, comía á las cinco, se acostaba á las seis, dormía hasta media noche y á esa hora se levantaba, y entre silencio y quietud escribía durante catorce ó dieciséis no interrumpidas horas.

Esta labor violenta, necesariamente malsana, es otra circunstancia que conviene no olvidar para explicarse las imperfecciones de la obra de Balzac, sus excesos y sus defectos. No

es criatura nacida normalmente, sino extraída con el forceps, cuyas huellas se señalan en las carnes. Intoxicado de café, braceando en un mar de tinta, anhelando para llegar al número de cuartillas exigido por el editor, trazó Balzac (que no tenía la producción fácil) muchas páginas maravillosas, modeló vigorosamente ejemplares típicos de humanidad; pero la genial fundición trae escorias y rebarbas, como el modelado desproporciones y descuidos.

Fué curioso que donde Balzac puso la mano para pretender negociar con desdicha, viniese después otro especulador y se enriqueciese. Una de las empresas de Balzac merece contarse porque revela el poderío de su imaginación y la increíble fuerza de su voluntad. El episodio parece de novela y es auténtico—¿quién ignora que la realidad en sus combinaciones es más novelesca que la ficción?—Era, pues, Balzac muy aficionado á la lectura de Tácito, y en Tácito había visto que en la isla de Cerdeña existían minas de plata, explotadas por los romanos en otro tiempo. Se le incrustó la noticia en el magín, y hallándose en Génova en 1837, tuvo ocasión de hablar de este asunto con cierto industrial, al cual dijo que siendo imperfectos los sistemas romanos de explotación, debían de quedar en las abandonadas minas abundantes residuos de mineral. El genovés convino y quedó en enviar á Balzac á París muestras de los residuos: si el negocio prometía, lo explotarian á medias. Pasó tiempo y nada enviaba el socio; pero Balzac, que no ce-

saba de soñar en sus ideales minas de Cerdeña, empeñó alhauelas, pidió prestado y juntó fondos para el viaje. Cinco días en el *cupé* de una diligencia, alimentándose con leche por ahorrar; travesía molestísima de Tolón á Ajaccio; espera en Ajaccio de la chalupa de un pescador de coral, que gasta otros cinco días en trasladarle de Córcega á Cerdeña, con la incomodidad y suciedad que se presume; al llegar á Cerdeña, cuarentena por causa del cólera, teniendo por lazareto la misma chalupa, aguantando las rachas á vista del puerto; desembarco al cabo de otros cinco días, en medio de una horda, en un país entonces bárbaro é inhospitalario; expedición á lomos de un mal rocín á través de montes y breñas, vadeando ríos con el agua á la cintura, en busca del distrito de Argentara, donde estaba el tesoro: tal fué la tremenda odisea de Balzac. Y cuando rendido, pero no exánime, llega al distrito de tan significado nombre, encuentra que aquel negociante de Génova, á quien se habla confiado, estaba explotando la mina por cuenta propia: en las escorias y plomos había plata por valor de un millón de francos—. Con tal motivo, Balzac escribía á uno de sus amigos: «He estado en Cerdeña y no me he muerto: he encontrado el millón que soñaba... pero en manos de otro, desde tres días antes de llegar yo. He sentido como un desvanecimiento.. y cuento acabado».

Así la posesión del cerebro analítico más observador de la amarga realidad es compati-

ble con el candor, con esa instintiva y temible confianza en nuestros semejantes, el mayor peligro en la vida de relación humana. *Acuérdate de desconfiar*, había dicho otro gran novelista; Balzac lo olvidó—y le costó recibir lección tan dura—. Rastros de la aventura de Cerdeña y de las demás empresas de su autor encontramos en la obra. La novela que empezó á dar á Balzac algún renombre, la original *Piel de zapa*, traduce ese mismo fantástico sueño de oro, que llenó la existencia de un hombre por otra parte desinteresado y desprendido hasta lo sumo. En una sociedad donde aparentemente se luchaba por idealismos políticos y religiosos, Balzac adivinó la verdadera fuerza que movía los resortes, la cuestión económica imponiéndose ya á las restantes. Este problema, Balzac nos lo ha hecho tocar con la mano, ver con los ojos de la cara. Su historia entera es un comentario de esa ley: comparadla á la de Lamennais, turbada por los problemas de la conciencia; á la de Jorge Sand, agitada por los de la pasión; á la de Víctor Hugo, devorada por el ansia de popularidad y renombre, y veréis que en Balzac sólo hay (aparte de un romántico amor tardío, también cohibido y malogrado por el maldito dinero) lo económico, que le atormenta doblemente, por lo mismo que no es Balzac un vulgar codicioso, sino un poeta que aspira al oro, porque el oro, como dijo Bécquer, sirve para hacer poesía. Hombre de su época, y siendo su época la del refinamiento y exaltación del goce por la riqueza, Balzac que-

ría ser rico para realizar sueños hermosos. El estudio de la fuerza implacable del dinero ha dictado las páginas tan conmovedoras de *Eugenia Grandet*, las desgarradoras de *Papá Goriot*, las escritas con vitriolo de *La prima Bette*, las fantásticas de *La piel de zapa*. Será inútil que Zola escriba más adelante una novela toscamente titulada *El dinero*, pretendiendo agotar la materia: sólo conseguirá demostrar que el recargo de notas es una cosa, y otra la lucidez para sorprender y captar el alma de una tesis. Lo que podríamos llamar *la piedad y el terror económicos*, nadie los ha sentido ni los ha hecho sentir como Balzac.

El cual, á pesar de todo, jamás hubiese sido rico, porque era caprichoso y fastuoso—aspecto de su personalidad que también resalta en sus libros—. Una de las cosas que en mayores apuros le pusieron fué la adquisición de cierta casa de campo cerca de París, llamada *Les Jardies*, adonde van ahora en piadosa peregrinación los admiradores de Balzac, y que yo he visitado. La casa era mezquina, en declive, sin arbolado la finca—pero Balzac se enamoró de tan desagradable oasis. Por poseerlo volvió á entraparse cuando estaba ya casi desempeñado, y se pasó de claro en claro las noches trabajando como un negro. La manía de Balzac era reunir en tan mezquina residencia las mejores joyas artísticas, lo más exquisito en mobiliario y decoración. Nos dice León Gozlan que los proyectos de Balzac para *Les Jardies* eran infinitos, y que sobre la pared de cada aposento había escrito

con carbón las riquezas de que pensaba dotarla; y durante muchos años pudo leerse sobre la paciente superficie del estuco: «Revestimiento de mármol de Paros... Techo pintado por Delacroix... Tapicería de Aubusson... Pavimento de mosaico de maderas preciosas...» Nunca pasó este programa de la fantasía á la realidad; pero Balzac, tan moderno en todo, lo fué también en esta necesidad del interior rico y poético—anhelo que no vió satisfecho sino á las puertas de la muerte.

La *Comedia humana* no merecería su título profundo, á no palpar en ella la otra fuerza elemental de la vida, el amor, ó (si la palabra parece timbrada de romanticismo) el instinto de reproducción y sus consecuencias pasionales y sentimentales. Y, en efecto: así como lo encontramos en la biografía de Balzac, lo encontraremos en su obra. La mujer influyó decisivamente en la existencia de Balzac, por lo mismo que aquel hombre grueso, pequeño, de facha prosáica, á lo Gaudissart, era un sentimental, casi un platónico, y necesitaba á la mujer para la comunicación espiritual principalmente. Sus amistades, sus afectos, entre mujeres los eligió. Sin hablar de su madre, su hermana, la Duquesa de Abrantes, la Duquesa de Castries, Jorge Sand, la Carraud, madama de Berny, la Condesa Hanska, fueron modelos de esa serie de mujeres encantadoras y tan sentidas y verdaderas, que desfilan por los cristales de la *Comedia humana*. Madama de Berny es la heroína de *La azucena en el*

valle (1); *Camila Maupin* es Jorge Sand; la *Duquesa de Langeais* es la Duquesa de Castries—una coqueta que desesperó á Balzac—; Madama Carraud es el tipo de la *mujer incomprendida*, tipo que debe incluirse entre las conquistadas de Balzac y las notas características del romanticismo: el *Quijote* de este tipo específico lo escribió Flaubert en *Madama Bovary*. Acaso ningún novelista superará á Balzac en el sentido y percepción del eterno femenino, perspicacia no incompatible con la ilusión realmente cándida y delicada que demostró en materias amorosas. El autor de la *Fisiología del matrimonio* y de los *Cuentos de burlas ó gorja*, fué muy rendido y finísimo amante, como lo demuestra la historia de sus largas relaciones con la condesa Hanska, aristócrata rusa, con puntas y ribetes intelectuales, admiradora de Balzac, al cual, en los principios de su amistad apasionada, inspiró la idea, no muy feliz, de la novela místico-espiritista *Serafita*. Bien puede asegurarse que esta pasión sincera y constante, y contraída en la madurez, no favoreció al atareado y siempre ahogado autor de la *Comedia*

(1) En España ha solido traducirse *le lys dans la vallée* por *el lirio en el valle*; pero *lys* es *azucena*, á no ser que sea propiamente *lys*, la flor que figura en las armas de los Borbones, y que en la Naturaleza es roja, á pesar de la frase usual «las blancas lises» que parece indicar confusión con la azucena. Existe una flor blanca, muy fragante, llamada en castellano *lirio del valle* ó *combalaria*; pero Balzac, en francés, la hubiese llamado *muguet*, que es su nombre.

humana. Acaso excitó su imaginación de artista, pero contribuyó poderosamente á destruir su organismo, ya tan gastado, por las emociones del orden moral que le produjo. Las frecuentes, interminables ausencias, los recelos continuos de perder un bien tan estimado, la esperanza de asegurarlo, el dolor de ver correr años sin conseguirlo, debieron de contribuir á causar á Balzac el padecimiento cardíaco que le llevó al sepulcro. Diecisiete años perseveró en un sentimiento sólo interrumpido por la muerte, y en el cual había todas las ternuras de la amistad y todo el fuego del amor. He leído en algún biógrafo que la condesa no pagaba ni estimaba en su valor el apego absoluto y extremo de Balzac.

No existe, entre las novelas que Balzac pudo escribir (con los elementos autobiográficos y los caracteres de autorretrato que se encuentran, por ejemplo, en *Albert Savarus*), ninguna tan triste, amarga y hecha para sancionar el concepto más pesimista, como la vida íntima del propio escritor. Causa una impresión de fatiga, desaliento y piedad infinita considerar la eterna, febril, gigantesca labor de Balzac, su aspiración exaltada á ganar el desahogo y el reposo para los últimos días de la existencia, y con el reposo un hogar y la dulce compañía de una mujer; pensar que quien así combatía y se afanaba sin tregua era el gran autor de tanto estudio maestro, de tanto perfecto análisis; y ver que, al poner la mano sobre el fantasma de su dicha, iba el fantasma á deshacerse en nie-

bla de cementerio. En Marzo de 1850, hecho un cadáver, se unió por fin Balzac á la Condesa Hanska; en Agosto falleció.—Se representó en su destino el dramático asunto de *La piel de zapa*: al cumplirse el deseo, se acorta y contrae la tela del vivir, y con la última y suprema aspiración, desaparece...

Cuando apenas quedaba de la piel de zapa un retacillo imperceptible, Balzac lanzó á la obra de toda su existencia esa ojeada lúcida con que en la postrimería se contempla el pasado en su conjunto; y suplicante, lívido, humedecidas ya las sienas por el sudor de la agonía—pidió al médico que le asegurase seis meses, seis semanas, seis días para retocar la *Comedia humana*, eliminar las páginas inferiores, sobrantes, acentuar las hermosas y superiores. Dícese que el médico movió la cabeza y que este movimiento fué el tiro que remató á Balzac. Sea verdad ó no, la insensata súplica de Balzac patentiza que en el grave momento comprendió dos cosas: que su labor está llena de imperfecciones, que es recargada, excesiva como una pagoda asiática—, y que, con todo eso, su labor es su gloria, y que los demás afanes que le torturaron—posición política, sillón no obtenido en la Academia, antigüedades preciosas, riqueza—, eran apariencias, ilusiones, engaños; que él era novelista, creador de un género, y que, por eso y sólo por eso, al caer sobre la almohada su cabeza inerte, empezaba su victoria.